

## Libia, un primer paso

Carlos LARRÍNAGA  
Historiador

Convertido prácticamente en un estado fallido desde el derrocamiento y asesinato del coronel Gadafi en 2011, la reunión de Berlín del 19 de enero parece un primer paso. Mayormente, si tenemos en cuenta el fracaso que supuso la cita anterior, la del 13 y 14 de ese mes en Moscú. Auspiciada por Turquía y Rusia, en la capital moscovita, aparte de los anfitriones, se dieron cita los protagonistas locales, o sea, los representantes de los dos grandes poderes que se disputan Libia en este momento: las autoridades de Trípoli y de Tobruk, respectivamente. Y es que no olvidemos que la Libia post-Gadafi es una nación sumida en el caos, en la guerra civil y en la lucha contra el terrorismo yihadista, por no hablar, a su vez, de las graves injerencias extranjeras. La presencia de agentes externos en el conflicto ha hecho que algunos analistas quieran ver en Libia paralelismos con lo acontecido en Siria, pero yo discrepo.

En Siria, a pesar de la conflagración y de la presencia extranjera, sigue habiendo una continuidad en el poder y en la Administración central, además de un Ejército sirio reconocible. En el caso libio no. Al contrario. Fue justamente la desaparición de Gadafi y del entramado institucional de su época dio al traste con el régimen y con ello el desastre total. Mientras Bashar al-Asad ha conseguido, con ayuda rusa, principalmente, ir consolidando su dominio sobre la mayor parte de su jurisdicción, en Libia nos encontramos con dos administraciones diferenciadas. Gracias a la ONU, el acuerdo del 17 de diciembre de 2015 abrió las puertas al fin de la desestabilización mediante la convocatoria de elecciones con el objetivo de conformar unas nuevas autoridades respetadas por todos y de alcanzar la paz. Estas previsiones, no obstante, no se cumplieron, acentuándose aún más las diferencias entre ambos bandos. Por un lado, el ejecutivo o Gobierno de Unidad Nacional, dirigido por Fayed al-Sarraj, ejerciendo de primer ministro y de presidente de la República. Por otro, el legislativo o la Cámara de Representantes, con sede en Tobruk. Precisamente, a este parlamento presta su apoyo el general Hafter, al frente del llamado Ejército Nacional Libio y pieza clave en este affaire y sin cuyo concurso la solución no será posible.

Mientras en Moscú se logró que las autoridades de Trípoli firmasen el documento que habría de poner fin a las hostilidades, Hafter, en representación de Tobruk, se marchó sin rubricar el texto. Empero, poco después, en la capital alemana, el alto militar ha decidido firmar. ¿Qué ha sucedido para que en tan poco tiempo se haya obtenido este convenio? La primera diferencia radica en la organización del evento. La de Moscú corrió a cargo de Rusia (que apoya a Tobruk) y Turquía (que lo hace a Trípoli). La de Berlín, de la ONU, otorgándole una dimensión internacional mayor. Pero no sólo, pues, al mismo tiempo, trata de enlazar con aquella otra de diciembre de 2015. Es decir, es como si se hubiese querido dar continuidad a aquel pacto que, lamentablemente, no se llegó a materializar. Es verdad que los términos acordados no son iguales, pero suponen un jalón en la buena dirección. Lo que se pretende ahora es menos ambicioso que en 2015, a saber: un alto el fuego permanente y un embargo de armas verificable. Para entendernos, frenar la contienda civil y suavizar su internacionalización. Esencialmente, evitar que Turquía y Rusia movilicen tropas sobre

el terreno en favor de sus respectivos bandos. Es un pequeño trecho, pero sin el cual no se puede avanzar por el largo camino de la concordia.

La segunda diferencia entre ambas cumbres está en los integrantes. En Moscú la participación fue limitada y no así en Berlín, donde se ha producido la presencia de cuantos actores intervienen en Libia. No sólo representantes de las dos administraciones, sino también del propio secretario general de la ONU, António Guterres, y de los dirigentes de las grandes potencias mundiales, en muchos casos con sus líderes a la cabeza (Rusia, Turquía, Unión Europea, Italia, Reino Unido, Francia, Alemania o Egipto). Lo que nos da buena idea de la relevancia de esta conferencia y del alcance internacional que supone. Máxime, si tenemos en cuenta dos aspectos. Que, ante la inestabilidad, las mafias se han instalado allí para traficar con seres humanos que cruzan el Mediterráneo rumbo a las costas italianas. Y que, por su capacidad de producción de hidrocarburos, Libia constituye un importante abastecedor de mercados consumidores. Finalmente, porque los territorios en crisis suelen ser el mejor escenario para la propagación del terrorismo yihadista, tal como se ha visto en los últimos años. De ahí que estos elementos hayan jugado a favor de este intento de la comunidad internacional. Pero, dicho todo esto y para concluir, ¿quién sale ganando? Hafter, por ser el hombre fuerte de Libia, y Rusia y Turquía, por la dimensión internacional.

22 de enero de 2020

Publicado en *El Diario Vasco*, 26 de enero de 2020, p. 24